

dian causar en los hombres sino cierta especie de terror, porque le infunden realmente el haber de degollar á su propio hijo, y el llover fuego del cielo y devorar un buen número de soldados. Pero la mansedumbre, aquella virtud que nace, no de la natural templanza de los humores, sino de un gran fondo de caridad, es amable de todos los hombres. No hay protervia ni malignidad que resista á la beneficencia de un hombre manso y verdaderamente caritativo. Aquella compasion que manifiesta de las desgracias de su prójimo; aquel disimulo de sus defectos; aquel zelo activo con que pretende socorrer todas sus necesidades; aquel deseo sencillo, en fin, de su salvacion, y de que logre todos los bienes, son unos motivos de amor y de gratitud á que no puede resistirse el hombre que por la depravacion no ha llegado á convertirse en fiera. Por tanto, el justo debe ser amado de Dios y de los hombres.

El evangelio es del capitulo 19 de san Mateo, y el mismo que el dia III, pág. 59.

MEDITACION.

SOBRE LOS BENEFICIOS Y PROVECHOS DE LA VIDA SOLITARIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que de apartarse del mundo, y separarse á vivir con solo Dios, resultan, no solamente la propia santificacion, sino la utilidad de tus prójimos, y el hacerte terrible á las mismas potestades infernales.

El Espíritu Santo dice: *Que el que anda entre la pez, necesariamente ha de recibir alguna mancha de ella.* De aqui se arguye que los negocios y bullicio del siglo contaminan el espíritu, y ponen varios impedi-

mentos para conseguir la salud eterna. La recta razon infiere desde luego que en la soledad se ha de hallar todo lo contrario. Asi es en la realidad, y asi lo experimentaron los santos. Considera un Moisés en el desierto, y verás cuántas cosas le enseña allí el espíritu del Señor. En solos cuarenta dias, dice san Ambrosio que se retiró del tráfigo del mundo, aprendió aquella sublime ciencia de dar leyes á un pueblo numeroso: aquella discrecion para juzgar acertadamente en los casos mas arduos: aquella severidad que tenian los poderosos reyes de la tierra, y aquella mansedumbre que le hacia amado de Dios y de los hombres. En el desierto consiguió aquel resplandor que adornaba su rostro, y que era un simbolo de las soberanas luces que habia adquirido su alma. Allí mismo se le apareció el Señor, le comunicó sus designios en orden á libertar el pueblo de la tiranía de Faraon, le eligió á él por caudillo, y puso en sus manos la virtud de su omnipotencia, para que pudiese confundir los encantos de los magos y la contumacia del rey con prodigios inauditos. De la misma manera vemos á san Juan Bautista que desde niño deja los regalos de su casa, las comodidades de la poblacion, y se retira á un desierto á vivir una vida áspera y penitente. Allí adquirió aquella santidad sublime, tan recomendada por el mismo Jesucristo, que llegó á ensalzarla sobre la de cuantos habian nacido de mujeres. De alli sacó aquel espíritu terrible con que reprendía y amenazaba á los escribas y fariseos, llamándolos simiente de viboras; y á Herodes diciéndole con una fortaleza inaudita: *No te es licito tener la mujer de tu hermano.*

Solo el ejemplo de estos santos manifiesta suficientemente los grandes provechos que resultan de la soledad, tanto en orden á la propia santificacion, como para utilidad de los prójimos. Pero la razon misma lo

persuade, porque el hombre se entrega á la consideracion de si mismo, repasa todo el discurso de su vida, y mira con interés el tiempo que está por venir. El solo aspecto horroroso de sus excesos pasados le mueve á compuncion y lágrimas, le acuerda la misericordia divina, y le dispone á un verdadero arrepentimiento. Por otra parte, considera la brevedad de la vida, y que á ella se sigue otra inmortal y eterna, que ha de ser feliz ó infeliz, segun hubieren sido sus obras. La tranquilidad y el reposo dan cierto vigor y consistencia á sus meditaciones, y de todo resulta la abominacion de los pasados excesos, y el entablar nuevamente una vida arreglada por los preceptos del Evangelio. El Espiritu Santo derrama entonces sus gracias sobre el corazon que halla tan bien dispuesto, y de todo resulta una mutacion que se puede atribuir á la diestra del Excelso. Tanto bien como tiene la soledad, debe animar los espiritus apocados, y hacer mudar de opinion á los que viven entregados al mundo.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la soledad y el retiro son los medios mas oportunos para libertarse de los continuos peligros, engaños y asechanzas con que nuestros enemigos visibles é invisibles procuran nuestra ruina.

En el cap. 48 de Isaías intima el espíritu de Dios esta misma doctrina, diciendo á los israelitas verdaderos: *Huid de los Caldeos, y salve cada uno su alma.* El mejor consejo que se puede tomar para precaver tanta multitud de lazos como están escondidos por todas partes, es la fuga. Por eso, dice san Ambrosio (*lib. 4 in cap. 4 Luc.*): *Huye el mar del siglo, y no temerás el naufragio: en un mar tempestuoso, agitado de encontrados vientos, caso que todos no padezcan naufragio, no se puede negar que todos están en peligro*

de padecerlo. La misma experiencia le puede enseñar á cada uno la verdad que contienen estas sentencias. Porque, ¿cuántas veces tuviste unos deseos sencillos de abandonar tu vida relajada, y emprender otra cristiana y piadosa? La muerte repentina de un amigo, de un hijo, ó de una esposa; la pérdida de los bienes de fortuna; alguna centella que prendió en tu corazon oyendo la palabra divina, ó cualquiera otro de los muchos artificios con que procura la gracia la conversion del pecador, han movido tu corazon, y le han inclinado á un verdadero arrepentimiento. Semejantes efectos los sentiste sin duda alguna en la soledad; esto es, cuando retirado del mundo pensabas en solo Dios, ya fuese esto en una iglesia al tiempo de asistir á los adorables misterios, ó en tu misma casa, en uno de aquellos ratos en que te entregas á tus devociones y á la consideracion de tí mismo. Pero ¿qué se hicieron estos pensamientos luego que te apartaste de tu soledad, y comenzaste á chocar con los objetos del mundo? Un hombre impio te hizo creer que era apocamiento de espíritu el dedicarse á los ejercicios de devocion; un amigo disipado te llevó al espectáculo ó á la reunion, donde todas las ideas de reforma se convirtieron en humo; un jugador, que te llevó á una de esas infames casas, donde hace mansion el desórden, te hizo aventurar á una suerte la subsistencia de tu familia; una mujer profana, en fin, irritó la sensibilidad de tu concupiscencia, y te hizo víctima de sus obscenidades. Todos los buenos efectos de aquel rato de separacion se acabaron en el mismo momento en que volviste al mundo.

Persuádetes, pues, que semejante traidor y semejante enemigo es necesario huirle: de otra manera, no te podrás libertar de sus continuas y crueles hostilidades. Así lo consiguio el pueblo de Dios oprimido en Egipto con las infinitas vejaciones de la supersti-

cion y de la tiranía. Salió al desierto, é inmediatamente recibió los divinos beneficios. Su caudillo veía y hablaba á Dios con la misma familiaridad que un hombre trata á otro. Para que no errase en sus caminos le puso una columna en el aire, que de noche era luminosa para alumbrarle y apartarle de los precipicios, y de día tan opaca y oscura que le defendía de los rayos del sol. El mismo Dios era su guía y capitán que los alimentaba con maná llovido del cielo, con agua milagrosa que brotaban las piedras, y que les daba victoria contra todos sus enemigos. Los mismos beneficios recibirás tú si, dejando el bullicio del mundo, te determinas á amar la soledad y á escuchar con docilidad lo que en ella hablará Dios á tu corazón.

JACULATORIAS.

Quis dabit mihi pennas sicut columbæ, et volabo, et requiescam? Salm. 54.

¿Quién me dará, Dios mio, alas para volar huyendo del siglo, y hallar el verdadero descanso que solamente se encuentra en vos?

In abscondito plorabit anima mea à facie superbix. Jerem. 3.

Mi alma se retirará á un lugar escondido, y allí llorará los extravíos y delitos en que la ha precipitado su soberbia.

PROPOSITOS.

Son innumerables los elogios que dan los santos padres á la vida solitaria, é inexplicable el esmero y zelo con que la recomiendan. San Basilio dice que la soledad es la muerte de los vicios y el purgatorio de las impurezas. *¡O soledad,* dice en el mismo libro de las alabanzas de la vida solitaria, *ó soledad! el hombre*

es cierta...nie el que te habita, pero el que habita en él es Dios. En otra parte la llama paraíso de delicias, deleite de las almas santas; y el Crisóstomo en la homilía tercera sobre el evangelio de san Marcos, llega á decir que el Espíritu Santo no habita en otra parte sino en la soledad, en la cual tiene su asiento. Al oír todas estas cosas, es natural que se te sobresalte el corazón, imaginando que para lograr los bienes de la soledad necesitas abandonar tu casa, tu familia, los negocios anejos al estado en que te ha constituido la Providencia, y encaminarte á un desierto para hacer allí la vida eremítica que profesaron los santos anacoretas. No, cristiano, ese es un concepto errado que formas de la soledad: esta, según los maestros de la vida espiritual, no es otra cosa que un voluntario apartamiento por algunos días de los negocios del mundo, de la sociedad de los demás hombres, y de aquellas ocupaciones mecánicas en que se pasa la vida, para dedicarse al exámen de la conciencia, al arreglo de sus operaciones, al arrepentimiento de sus pasados delitos y á la institucion de una nueva vida. No es la soledad de que hablamos aquella austera que profesan algunas religiones por su instituto, ni aquella puramente filosófica que han abrazado algunos sabios para la contemplacion de las verdades naturales. Esta soledad se limita solamente al único y grande negocio de tu salvacion. Para hacerla debidamente, debes elegirte un lugar solitario y apartado del mundo, y un varón sabio y virtuoso á quien descubras las llagas de tu alma para recibir de su mano las oportunas medicinas. Toda la ocupacion de estos ejercicios espirituales se debe reducir, ante todas cosas, á hacer una confesion general, de donde resulte la restitution de la hacienda ajena y del honor que has quitado á tu prójimo: la restauracion de la inocencia de tu alma, llorando con lágrimas de compun-

cion las culpas pasadas, y haciendo un firme propósito de perder antes la vida, que ser á Dios ingrato : á ordenar tus ocupaciones y ejercicios de tal manera que todos los dias destines algun tiempo á la lectura de algun libro espiritual y á la contemplacion de los divinos misterios ; y últimamente, de esta soledad debes sacar la renovacion de tu espiritu y la salud de tu alma. Todos cuantos pretextos quieras oponer contra ella no serán otra cosa que lazos del demonio é invenciones de tu misma depravacion para confirmarte mas en tu ruina. Ni la hacienda, ni la mujer, ni los hijos, ni la evacuacion de tus negocios te importa tanto como tu salvacion. Perdido este negocio, todos los demás están perdidos. Para una cosa de tanta importancia se halla fácilmente oportunidad y tiempo cuando la voluntad es sencilla. Por ocupado que estés, no dejas de curarte un brazo si se te quiebra, ó de perseguir á un ladron si te roba la hacienda de tu casa. Y ¿querrás comparar con estas cosas percederas el asunto de tu salvacion, un asunto que le costó al Hijo de Dios todo el infinito precio de su sangre? Soledad, cristiano, retiro espiritual, abstraccion del mundo, que este es el medio poderoso de que llegues á ser eternamente feliz.

DIA VEINTE Y SEIS.

SAN EVARISTO, PAPA Y MÁRTIR.

Fué san Evaristo griego de nacimiento ; pero originario de Judea, como hijo de un judio llamado Judas, natural de Belen, que fijó su residencia en la Grecia, y educó á su hijo en la doctrina y principios de su religion. Nació por los años de 60, con tan bellas disposiciones para la virtud y para las letras, que su padre dedicó el mayor cuidado á cultivarlas, dando al niño maestros hábiles que le instruyesen tanto en estas como en aquella. Era Evaristo de excelente ingenio, de costumbres inocentes y puras ; por lo que hizo grandes progresos en breve tiempo. No se sabe cuándo ni dónde tuvo la dicha de convertirse á la fe de Jesucristo, como ni tampoco con qué ocasion vino á Roma ; solo se sabe que era del clero de aquella iglesia, madre y maestra de todas las demás, centro de la fe y de la religion, á quien tributa tantos elogios san Ignacio, obispo de Antioquia. Alaba el santo á los fieles de Roma, singularmente por su fidelidad, por su valor y por su constancia en la fe, por la pureza de sus costumbres, y por aquella caridad que los constituia modelos de los fieles esparcidos en todas las demás iglesias. Sobre todo, ensalza la grande union, que se observaba entre ellos, y el sumo horror que profesaban al cisma y á los errores de tantos herejes como á la sazón affligian y despedazaban la Iglesia de Jesucristo. Pero todos convienen en que estos elogios eran propiamente el panegirico del santo papa Evaristo, cuyo zelo y cuya santidad, generalmente reconocida